

## CARTA DECIMA

La celebración de los siete años: su utilidad.—  
Proyecto de discursos.—Lo que significa la edad  
de siete años.—Lo que modifica en la educación.—  
El discernimiento.— La conciencia.—El niño ad-  
mitido en los umbrales del libro.

Hemos quedado, mi querida sobrina, en que la primera época de la infancia—la infancia de la infancia—termina en los alrededores de los siete años.

Hoy abordo el período siguiente: «La juventud de la infancia», que comprende de siete a doce años. Y elijo para abordarlo el momento en que Pedrito, tu hijo, al que Simona precede cuatro semanas en «el océano de las edades», cumple precisamente los siete años.

Pedrito cumplirá los siete años mañana. Yo te he pedido que solemnices la celebración de este aniversario, porque estimo que la importancia de ciertas fechas debe marcarse para los niños de manera que se impriman en su memoria.

Pero este proyecto suscitaba una dificultad. Simona y Pedrito se instruyen juntos. El nuevo régimen aplicado por la señorita Galtia y la señora Lambert, régimen inflexible en el capítulo de la obediencia y de la veracidad, unido a una firme

disciplina física y a una educación espiritual más directa y más amable, ha ido poco a poco domando los nervios de la señorita Simona Laterrade... Lo que hay que hacer es desconfiar de sus sobresaltos, preverlos, y en espera de que la edad fortifique esos pobres nervios débiles, evitar las ocasiones de exasperarlos.

Hace poco más de un mes, me llevé aparte a Simona, y le dije:

—Mira, vamos a hacer tú y yo un complot. ¿Eres capaz de guardar un secreto?

No hay ejemplo de que un niño confiese su incapacidad para hacer cualquier cosa que sea. Simona, por lo tanto, afirmó—y lo pensaba—que no había ser humano que sellase más sólidamente un secreto en el pecho que ella.

—Bueno, pues ya que eres tan discreta—le respondí—voy a confiarte el secreto. Tú vas a cumplir siete años dentro de unos días; tu primo Pedro no los cumplirá hasta el 17 de diciembre próximo. La fecha del octavo año es muy importante, y vamos a festejarla como conviene. ¿No te parece a ti que sería mucho más bonito celebrar los siete años de Pedro al mismo tiempo que los tuyos? Para eso, basta retrasar la celebración de tus siete años hasta el día que los cumple Pedrito.

No pudo haber nada más divertido que observar el esfuerzo de atención y de reflexión despertado en la linda fisonomía de Simona por este arduo problema. Los niños reflexionan muy bien y seriamente en lo que les interesa.

Simona luchaba entre el deseo de aprovechar el derecho que le daba ser mayor, para reinar ella sola en una fiesta, y el sincero y tierno cariño que profesa a su primo y compañero de estudios y de

juegos. Al fin, dijo con sus mejillas de muñeca rubia, súbitamente rojas:

—Yo creo que me gustaría más que celebraran primero la fiesta de mis siete años.

Me guardé muy bien de recriminar el egoísmo que revelaba esta elección: yo acostumbro a mis discípulos a que, antes que nada, digan la verdad, sea o no hermosa.

—Muy bien—repliqué—. Tú tienes el derecho de elegir y tu elección será respetada. Reflexiona, por lo tanto, hasta esta noche, puesto que aún no estás segura de lo que prefieres.

Estuvo todo el día nerviosa y preocupada (según me dijo la señora Lambert), no trabajó nada, riñó con su primo, después se abrazó a él besándole entre lágrimas. Volví a verla por la noche, y fué ella la que me llevó a un rincón para decirme:

—Decididamente, prefiero que celebren los siete años de Pedrito al mismo tiempo que los míos.

—Está muy bien—respondí, besándola.

—Hay que decírselo a Pedrito—añadió en seguida—para que sepa que si yo hubiera querido, me los habrían celebrado antes a mí sola.

—No, Simona. No hay que decirle nada a Pedrito. Proporcionarle esa alegría sin vanagloriarte, es lo digno de ti, y así veré yo si eres, como aseguras, capaz de guardar un secreto...

Simona es uno de esos caracteres que pasan por difíciles a causa de su misma riqueza. Se obtienen de ella esfuerzos prolongados que sería inútil pedir a Pedrito, que es, sin embargo, más sumiso y más fácil. Basta interesar su amor propio, o mejor dicho, una necesidad de sacrificarse que veo apuntar en ella, y de la que debemos usar en bien suyo, sin permitir que la exagere.

Simona ha guardado su secreto. Se ha sentido feliz con su ignorado sacrificio. Y para tenerla alegre y recompensarla, no he tenido más que cambiar con ella ciertas miradas de inteligencia y ciertos apretones de manos.

\* \* \*

De manera, que los dos primos festejarán el cumplimiento de sus siete años en el mismo día. Igual que las personas mayores, los niños celebran sus fiestas con huelga de trabajo, excitación, ruido y manjares; no hay en esto nada de noble, pero nosotros no estamos encargados de rehacer la humanidad, y ya te he dicho que la educación debe ser realista en el sentido de que debe reducir a la medida de los niños, las grandes reglas de la vida de los hombres. Lo que salva a ciertas fiestas, es que, en medio de su alegría ruidosa, se reserve una hora para celebrar el carácter religioso de la fiesta, entiéndase esta frase en el sentido más general. Hay cierto carácter religioso, en la celebración de un recuerdo patriótico, del centenario de un gran ciudadano, de la terminación de un edificio, etc., etc... Tú, con Máximo y Lucía, vais a ayudarme a imprimir a nuestra fiesta el carácter super-físico.

Aquí, pues, mi programa:

Pienso que convendrá aprovechar la lucidez mental—porque una fiesta embriaga pronto los cerebros infantiles—. Así, pues, a eso de las once, antes del almuerzo familiar, tendrá lugar la pequeña ceremonia. Asistirán, además de las personas arriba citadas, Noel, hermano de Simona; el señor Lespinat con su hijo Jorge (que han ve-

nido de Berry expresamente a esta solemnidad), el doctor Bertrand-Tasqué, su esposa y sus hijos, la encantadora Silvia y el «embuchado científico».

Los dos héroes estarán sentados uno al lado del otro; los asistentes se colocarán como gusten, en los asientos del salón; nada que parezca un grupo de familia colocado ante la máquina de un fotógrafo. No lo dudes, los dos héroes estarán para comérselos. Simona, con su cabecita de muñeca inglesa, a la cual un Prometeo hubiese dado vida e inteligencia; y Pedrito, menos rubio, de un rubio tirando ya a castaño, con su figura elegante, sus hombros robustos, la finura de sus facciones, sus ojos color café claro, su frente abombada y su boca de labios fuertes. ¿Estarán emocionados? Ya lo veremos. Pero apostarí a que el seno de Simona palpitará, y cuento con que Pedrito se turbará por contagio: ventaja de la educación en común.

Tú me has confiado el cuidado de pronunciar la alocución familiar, que ha de precisar para mis dos pupilos el sentido y la trascendencia de la fiesta.

He aquí lo que pienso decir a mis dos héroes:

—Mi querido Pedrito y mi querida Simona: Hoy festejamos vuestra entrada en el octavo año de vuestra vida. ¿Por qué celebramos este aniversario más solemnemente que el séptimo o el noveno? ¿Le pasa al niño algo nuevo cuando llega a los ocho años? No. Pedrito es el mismo de ayer, y Simona que, amablemente, ha querido retrasar su fiesta para celebrarla al mismo tiempo que su primo, nos parece la misma de hace quince días, y eso que ya ha vivido cuatro semanas del octavo año de su vida.

»Esto os explicaré, hijos míos, que la naturaleza

no hace nada bruscamente. ¿Quién ha visto nunca formarse un botón de rosa y abrirse la flor bajo su vista? Y, sin embargo, para cada rosal hay una hora en la que puede preverse que se formará el botón y se abrirá la rosa. . . Pues bien, lo mismo sucede con los niños. Hacia los siete años se opera en ellos un desarrollo corporal y espiritual. Los ojos, los oídos, el tacto, tienen fortaleza. Si han sido bien educados, saben comunicarse por el lenguaje con sus semejantes, fácil y ampliamente. Comprenden el cariño que se les tiene y lo corresponden. No contrarían las prescripciones que justamente se les han impuesto, porque saben que hacen mal. La sociedad empieza a atribuirles este grave privilegio: el discernimiento, mientras la religión católica les autoriza a realizar el acto más grande de la vida espiritual: la Comunión.

«Estos cambios que se operan en vosotros en la época en que estáis, debemos tenerlos muy en cuenta nosotros, que hemos emprendido la obra de formaros. De ahora en adelante, habrá grandes novedades en vuestra educación; y este pequeño discurso tiene por objeto anunciáros las.»

(Te prevengo, Francisca, que al llegar a este punto cuento con «un vivo movimiento de curiosidad», como dicen los periodistas, por parte de mis dos educandos. Ya verás si me he equivocado).

«Primera variación: Hasta hoy, todo nuestro esfuerzo tendía a formar vuestra «atención», a hacerlos capaces de escuchar, de observar, a conocer por vosotros mismos las cosas que os rodean. Nos hemos guardado muy bien de enseñaros ninguna ciencia; hemos tenido los libros fuera de vuestro alcance. Vosotros dos «no sabéis leer», porque así

lo hemos querido nosotros. Tampoco chapurreáis ningún idioma extranjero. Nuestro programa fué, únicamente, enseñaros a usar lo mejor posible de vuestra inteligencia, de vuestros oídos, ojos y miembros, para conocer el mundo exterior.

»Hoy, juzgamos terminada esa formación. Necesitáis otra; de modo que, a partir de mañana, empezareis a aprender a leer «en un libro». Así que la fiesta de los siete años inaugura esta novedad en vuestra vida espiritual; porque creemos que ya habéis aprendido a fijar vuestra atención, que ya habéis «aprendido a trabajar». Habéis alcanzado, pues, el honor de trabajar. Y como señal de este honor, os abrimos el acceso al libro.

»Pero el fin del séptimo año no marca solamente un acontecimiento espiritual. Os he dicho que ahora se os atribuye cierto discernimiento. He aquí lo que esto significa. Hasta ahora, os hemos dicho: Hay que hacer esto, eso no se puede hacer. Y vuestro deber se resumía a obedecer y no mentir. Ahora, os enseñaremos a gobernaros por vosotros mismos, a «discernir» el bien del mal, y a «desear el primero». Escucharéis vuestra conciencia, y, como sabréis mejor las cosas, seremos más exigentes y querremos que seáis mejores que antes.

»Mejores, esto es: más buenos, más afectuosos, más sensibles al bien que se os hace, más agradecidos y más cariñosos. Me comprendéis: porque ya no sois ninguno de los dos esos lindos animalitos egoístas que son todos los niños pequeñitos. Si la Iglesia católica, que conoce a los hombres, dice que a los siete años puede el niño hacer su primera Comunión, es que admite que, a partir de los

siete años, el niño puede tener sensibilidad, mérito y virtud. Nosotros pensamos como ella.

»Así, pues, Pedro y Simona, en esta fiesta celebramos vuestra triple formación: inteligencia, voluntad y sensibilidad.

»Festejamos también el fin de la infancia de vuestra infancia; y este fin es un gran comienzo. Ahora, no os digo más; vamos a regocijarnos todos porque hay en el mundo dos nuevos seres capaces de comprender y querer, y que estos seres son nuestros.»

Esto es, Francisca, lo que pienso decir a tu sobrina y a tu hijo. Ellos lo entenderán tan bien como todos los asistentes, y de no entenderlo alguno, será precisamente el «embuchado científico», el pequeño de los Bertrand Tasqué, que sabe leer, escribir, que habla alemán, pero que, a pesar de sus siete años cumplidos, es un pobre cerebro obtuso.

## CARTA DECIMOPRIMERA

Aprendizaje de lectura.—Pequeño perfeccionamiento, que permite aprender al mismo tiempo a leer y escribir.—La lectura y la pereza educativa. ¿Cómo deben leer los niños?—Buenos y malos libros para niños.—Los clásicos del pequeño francés.—Asimilación de las lecturas.—Pedrito, Simona y la moral del «señor Cuervo»

Pedrito y Simona están aprendiendo a leer. Aprenden con una facilidad y una rapidez que os maravilla a tu cuñada y a ti. No es solamente porque tienen el espíritu despejado, sino porque se les enseña bien y a su debido tiempo.

Como todas las ciencias, mi querida Francisca, la ciencia de los signos escritos, que representan las ideas—la lectura—puede ser enseñada bien o mal. La manera de enseñarla ha hecho importantes progresos desde que se tuvo la buena ocurrencia de calcar la lectura sobre el lenguaje.

Bien enseñados, Pedrito y Simona aprenden a leer muy deprisa, por una segunda razón, y es que, antes de aprender a leer, han aprendido a hablar. El «embuchado científico» sabe leer desde los cuatro años; según nos afirman su padre y su madre, y de seguro que éstos, inteligentes y pa-